

## APUNTES PARA UNA GENEALOGIA DEL AFECTO

María Jesús Miranda (UCM)

“Todos le piden a Dios  
la salud y la libertad...”

### 1.- Tiempo, dinero y afecto

En las sociedades preindustriales, las actividades productivas completamente ajenas a la reproducción (como la actividad militar, el comercio ultramarino o las grandes obras públicas) ocupan a una parte minoritaria de la población y forman parte de la experiencia directa de poca gente. La mayor parte compatibiliza la agricultura de subsistencia con la manufactura y el comercio a pequeña escala: como se ha dicho tantas veces, el “adentro” y el “afuera”, lo doméstico y lo extradoméstico, no estaban estrictamente separados. Parafraseando a Santa Teresa, Dios todavía andaba entre los pucheros.

Además, las actividades en general se desarrollaban a un ritmo desigual y discontinuo, muy dependiente de las condiciones naturales.

La sociedad industrial supuso dos rupturas dramáticas: el lugar de la producción se separó radicalmente del lugar de la reproducción (el hogar y la fábrica) y el tiempo de trabajo se diferenció claramente del resto del tiempo. La jornada (este término procede del lenguaje marino y militar, y definía originalmente el trayecto recorrido de sol a sol) de trabajo adquiere un precio y así el dinero se convierte en un equivalente general del valor no solo de las cosas, sino también del tiempo.

La aritmética penal, que fija una pena en tiempo a cada delito, es un invento de la sociedad industrial. Solo después de haber puesto precio al tiempo de trabajo puede concebirse pagar en tiempo una afrenta.

### 2.- El frenético tres por ocho

Después de un siglo de tira y afloja entre obreros y patronos, la jornada de trabajo queda claramente determinada: ocho horas. El acuerdo es tan profundo que rápidamente se naturaliza: el día tiene veinticuatro horas, ocho para el trabajo (producción en sentido estricto), ocho para dormir (reproducción en sentido estricto), ocho para lo que cada uno quiera. Ese ciclo diario, aparentemente tan natural pero que se nos hace tan duro, es un ritmo férreo muy alejado de nuestra experiencia agrícola de treinta o cuarenta siglos.

Las mujeres, sometidas a pesar de todo a las exigencias desiguales y discontinuas de los embarazos, no pueden, no quieren o son protegidas de incorporarse al 3x8 durante ese siglo, y el siguiente. El tiempo no laboral, las “no jornadas”, tienen dos características; no se remuneran mediante un equivalente general de valor (no dan lugar a salario) y no conducen a ningún sitio, es decir, ni comienzan ni se acaban, no tienen límites, no se ajustan al tres por ocho.

La industrialización, a la vez, priva a las mujeres de sus “medios de reproducción”; el trabajo doméstico es cada vez más dependiente del mercado. Para garantizar su subsistencia pasan a depender de los varones asalariados, que intercambian con ellas dinero por afecto.

### 3.- El valor del afecto

Hay un cante flamenco, las “marianas”, muy poco en boga hoy en día, que comienza canónicamente con estos versos. Se empezó a cantar en Granada en honor a Mariana Pineda, es de suponer que tras su muerte en 1831. Quiero pensar que es el antecedente directo de una copla mucho más moderna: “tres cosas hay en la vida/ salud, dinero y amor...”.

¿Cuándo entraron el dinero y el amor en el “top three” de los valores populares, desplazando a la libertad?. Lo primero parece sencillo: en el proceso de transformación del capitalismo de producción al capitalismo de consumo; seguramente, después de la primera guerra mundial y de la primera gran crisis de demanda del capitalismo europeo (ver Ibáñez).

Pero, ¿y el amor? En el caso de las mujeres, la respuesta también parece bastante precisa: a finales del XVIII, en el momento en que se hace popular *El sí de las niñas*, de Moratín. Pero en el caso de los varones, la cuestión no está clara. Parece que una pequeña burguesía ascendente, que debe recorrer el mundo en busca de su oportunidad, precisa esposas fieles que le sigan, pero, ¿es el amor la mejor garantía de fidelidad?. Una pequeña burguesía muy móvil y relativamente exitosa, como es la hindú, sigue prefiriendo los matrimonios concertados (ver *La boda del monzón*).

El “cese del *afectio maritalis*” es considerado como causa de divorcio por muchos jueces españoles. ¿Tiene este latinajo su origen en el derecho romano?. ¿Es invención moderna?.

¿Qué querían decir exactamente los libertarios de primeros del siglo XX cuando hablaban de *amor libre*?

Y, en definitiva, ¿qué tiene que ver todo esto con el tiempo? Solo a través de la proposición “el tiempo es oro” puede establecerse el dinero como un equivalente general de valor. Pero, ¿”ni se compra ni se vende el cariño verdadero”? Y, ¿”bien pagá fuiste mujer”?

¿Por qué matan hoy –y no todavía- los hombres *por amor*?

Todas estas preguntas han venido generando una enorme inseguridad en las mujeres, de modo que, durante estos dos últimos siglos, han seguido prefiriendo, el en fondo, la libertad a su binomio sustitutivo, dinero y amor.

### 4.- El parto sin dolor

Parece una locura, pero los primeros estudios científicos para lograr el parto sin dolor, desde que dios padre maldijera a Eva mientras la expulsaba del paraíso, se iniciaron hacia 1950. Hoy es una experiencia al alcance de la mano de la mayoría de las mujeres

del primer mundo; la licencia por maternidad y la lactancia natural son un lujo, una tregua de ritmos naturales en el frenesí del tres por ocho. El trabajo doméstico se ha industrializado tanto que se ha vuelto casi innecesario; su pequeño residuo de servicios muy personales se cubre por poco dinero con mano de obra barata procedente de la emigración (hasta las inmigrantes con empleo contratan a otras inmigrantes para cuidar de sus hijos).

Entonces, ¿de qué estamos hablando? Como la pobreza del tercer mundo, creo sinceramente que la discriminación, en tiempo y en dinero, que aún padecen algunas mujeres no es una cuestión de producción ni de reproducción, sino de distribución.

La primacía absoluta de un equivalente general de valor, el inhumano ritmo del tres por ocho, el eterno dilema entre amor y libertad no son sino consecuencias de un desgraciado matrimonio entre capitalismo de consumo y vestigios cristianos. La exigencia ecológica y la evidencia de una cultura global nos sugieren que las dos cosas se van quedando más antiguas que la tos. Más nos valdría echarle un poco de imaginación a la cosa y ver como salimos de esta.

Todas estas reflexiones me vinieron a la cabeza cuando hice un discurso a favor de la autonomía afectiva en un entorno de viejos y nuevos progres y muchos compañeros se me echaron encima por cargarme la “solidaridad” –en diciembre de 2004-.

M<sup>a</sup> Jesús Miranda